

Presupuestos pedagógicos para una catequesis política

FERNANDO ARÁNTGUI SERAL
JOSÉ LUIS MONGRELL ALMELA

El presente artículo no es más que un intento de llegar a vislumbrar los presupuestos pedagógicos que pueden sustentar una catequesis política.

Nos movemos en el terreno teórico. En cuanto que el punto de partida es una definición de catequesis política, con todo lo que tiene de limitada y de «recorte» de realidad una definición. También, por eso, el punto de llegada no deja de ser teórico aunque tenga mil implicaciones en la praxis educativa.

La opción que hacemos de partir de lo catequético para llegar lo pedagógico es discutible: el eterno problema de saber si antes el huevo o la gallina. Si bien, la opción no es absolutamente gratuita: nos ciñe más al tema y responde más directamente a una inquietud que sentimos: cómo entroncar hoy el binomio escuela-cristiana.

Otra aclaración antes de meternos a fondo: aunque el artículo se centra más en lo pedagógico que en lo propiamente catequético, subyace de base que éste es el punto de mira. Más, que pedimos que sólo una pedagogía en la línea de la que hablamos puede hacer viable el anuncio cristiano: buena nueva de liberación-salvación para los hombres.

I. Concepto de catequesis política

Ya hemos declarado que no es el objeto de este artículo razonar sesudamente sobre el problema y la razón de ser de la catequesis política. Damos por sentado que el educador cristiano que lee estas líneas está al tanto del problema, de sus significaciones e implicaciones.

Tomamos esta definición porque nos parece válida, bastante completa y acorde con lo que en este momento pensamos sobre el tema:

«Catequesis política es el proceso evangelizador por el que se pone de relieve la fe como instancia crítica y liberadora, propiciando una fe en Jesús de Nazaret constructora de una nueva sociedad».

Vayamos por partes:

1. *Proceso*

Acuden ecos de algo dinámico, que se anda poco a poco —tan poco a poco como la vida misma—. De algo que no termina, que está en proyecto... A la base una imagen del hombre como ser que se construye y se realiza en esa construcción de sí mismo y de su entorno.

Proceso sin cortes, global, en el que el andar es constante, permitiendo esos «momentos fuertes» que pueden dar aliento, pero que no se queda sólo en ellos.

2. *La fe como instancia crítica*

Asunción crítica de la fe y proyección de la misma críticamente sobre el mundo y la realidad social que nos rodea.

Realidad que queda a la vez entroncada como el campo mismo de la fe. Sin distinguirse ésta de la vida, porque ambas tratan de buscar un mismo sentido dentro de lo histórico y temporal, quedando el más allá como esperanza, deseo o fin del proceso de ese «proyecto de ser» al que ya hemos aludido.

Recuperando con todas las consecuencias las esencias de una religión que se sabe profética: denunciadora de la injusticia y de todo absoluto que no sea Dios (lo absolutamente otro).

3. *La fe como instancia liberadora*

Entendiendo la libertad como «para», no como entelequia inasequible e inalcanzable. Hecha a base de liberaciones muy concretas, desde los egoísmos personales, a las injusticias sociales y al pecado; porque esta función liberadora es el «signo» concreto que nos hace comprender hoy el mensaje de salvación de Jesús.

Liberadora en cuanto que compromete al hombre con la sociedad en la que vive, le hace optar por los oprimidos o los pobres, en cuanto que hace de cada uno de los individuos un elemento liberador en manos del Padre.

4. *Fe en Jesús*

Como centro de toda posible catequesis o fe. Desde él no hay otro modo de asumir la fe que como instancia liberadora y crítica, a la par que una fe liberadora y crítica no tiene otra salida que la fe en Jesús de Nazaret que asumiendo la condición «hombre» se hace revelador (desvelador del Padre) dándonos una imagen de Dios que supera la relación amo-esclavo para hacernos partícipes de una fe cuya base es una relación «personalizante» (persona-persona), gratuita (Dios se nos da y se nos da como Padre), y cuya imagen es el «Dios-comprometido» por la salvación y la liberación del hombre.

Desde su vida Jesús nos muestra el «camino». Asumiendo la totalidad del sentido posible de la vida y de la historia, como el camino «liberador» que orienta fundamentalmente a la persona al mundo y a la misma historia de modo definitivo y único hacia la justicia, la libertad o el Reino futuro.

Reino que se nos hace presente, se nos tiene que hacer presente en la comunidad en la que el recuerdo de Jesús (el Espíritu Santo) es la fuerza que nos impulsa a una relación nueva que orienta todo nuestro quehacer comprometido: el Amor.

5. *Constructora de una nueva sociedad*

Sabiendo de antemano que ni el cristiano, ni la fe en Jesús, el evangelio, tienen en sus manos las soluciones concretas «filosóficas» de todos y cada uno de los problemas sociales.

Sino que el cristiano, por hombre y por hombre de fe, opta por el remedio por el hombre, y en especial, y esto es evangelio, por el pobre y oprimido. Junto a él, alimentados e iluminados por el amor, nos comprometemos a la par que por el hombre por justicia, la paz y el amor.

La fe desde aquí no sólo es liberadora y crítica, sino alentada «esperanzadora», de un compromiso que a la par que nos libera; a la par que es instancia crítica de cara a la comunidad, es signo profético de cara al mundo y a todos los hombres.

II. Presupuestos pedagógicos

Con lo que antecede nos metemos de lleno en el asunto del título. Si el primer punto ha sido algo como una declaración de principios (yo diría más, una confesión de fe) entroncar es

con la escuela no puede menos que abrirnos una serie de interrogantes, los cuales tratamos de resolver.

¿Qué línea pedagógica puede sustentar tal concepción de la fe y de la catequesis?

¿Pueden seguir divorciadas las diversas asignaturas que tienen que sufrir los alumnos y hacer de la catequesis un invernadero, un oasis o un laboratorio de pruebas?

¿No es la misma fe que profesamos la que nos fuerza a cambiar todos los presupuestos pedagógicos que hoy rigen en la escuela?

En definitiva, ¿a quién servimos?

Para nosotros la respuesta es clara: todo está para el servicio del hombre. Entendido éste como *proceso*, esto es, como ser vivo enmarcado en un medio social y una historia muy concretos (barrio, familia, escuela...) en los que se tiene que ir realizando, «construyendo». Proceso que toma al hombre, cada persona concreta, como punto de partida para llegar al Hombre.

Proceso que es globalizante, o sea, que atiende a todas y cada una de las facetas del hombre: lo personalizante, lo dialógico, lo creativo, lo histórico-temporal, lo liberador, lo comprometido, lo solidario...

Atendiendo a esto algunos de los presupuestos pedagógicos, al menos teóricamente, son evidentes.

¡Cuidado!, no pretendemos ser exhaustivos ni enumerar una serie de condiciones (léase «normas, leyes...»). Sólo tratamos de decir «presupuestos», o sea, el ambiente que debe animar o puede servir de «medio» favorable en el proceso de realización de «este hombre». Sin querer pecar de moralistas nos movemos a nivel de actitudes, aunque reconocemos que cada uno de los presupuestos que tratamos debe entrar, en una planificación pedagógica, también como medio.

1. *Una pedagogía personalizante y dialógica*

Que tiene en cuenta cada persona concreta. Que parte de ella, de sus vivencias y su mundo interior muy concretos y se apoya, como solución única al problema de soledad y de realización personal en el otro, individual o grupal, que asumen y representan la instancia objetiva del propio hacerse y construirse como persona.

Porque es en esta tensión entre el Yo y el Tú o el Nosotros, tensión a todas luces dialéctica, donde se prueba uno a sí mismo y de cara a los demás su avanzar real en su camino de ser hombre.

2. *Una pedagogía creadora*

Creadora no sólo de métodos, eso a fin de cuentas es fácil o menos más sencillo que el compromiso real con un hombre por el que aún no existen referencias, porque se trata de que se haga él mismo según sus capacidades y las necesidades de su entorno.

Creadora de una nueva sociedad, más, instituyente continua dinámica de ésta y de las relaciones del hombre con la sociedad. Creadora también de la misma pedagogía:

- porque aún no está definida
- porque aún no está definido el Hombre
- porque la sociedad ya no debe estar sino para el servicio al hombre
- porque creando el hombre realiza la función más esencial (existencial) de su propia construcción
- porque hay que crear la cultura
- porque hay que desarrollar todas las potencialidades del hombre
- porque existir es más que vivir, porque existir es más que *estar* en el mundo (con él, en él, por él), porque existir es trascender, discernir, dialogar (comunicar-participar)...
- porque cada existencia concreta es un acto de creación.

3. *Una pedagogía que eduque la sensibilidad crítica*

Tomar las cosas como vienen, sin más, mal puede ayudar al hombre a su personalización. Adquirir, por el contrario, conciencia de la realidad y conciencia de la propia capacidad de transformación de esa realidad ponen las bases para un compromiso y una acción eficaces de cara al mundo y la sociedad. De ahí la necesidad de que la pedagogía inserte como presupuesto esta sensibilidad crítica. La crítica nos pone frente a algo que alguien, supone opción. Requiere capacidad de distanciamiento con respecto a la realidad o al otro, madurez.

La sensibilidad crítica nos sitúa frente a nosotros mismos: a pensar y pesar lo que aceptamos y tener en continua revisión «nuestro proyecto», lo que somos y queremos ser, «nuestro proyecto». Nos sitúa frente al otro que nos interroga y nos pide respuesta a la par que nos interpela y nos la da. Nos sitúa, en fin, frente a toda la sociedad, el mundo, la historia, el tiempo que nos pide más que la mera acomodación. Nos reclaman ser artífices, creadores, estar integrados en ellos dándoles sentido.

Porque acomodarnos es conformarnos, encerrarnos... diluirnos e integrar es asumir críticamente, levantar, elegir..., crear.

La pedagogía, en fin, debe provocar una actitud crítica de reflexión que comprometa en la acción. Sin olvidar que ella misma (la pedagogía) debe pasar, so pena de quedarse encerrada en sí misma, por la crítica constante.

4. *Una pedagogía liberadora*

O sea, no autoritaria; ni en la relación educativa ni en la imposición de criterios. Tampoco paternalista, en la que se arreglan los problemas con tres frases echas. Ni utilitaria, siempre la sociedad está al servicio del hombre.

Una pedagogía liberadora está fundamentalmente al servicio del hombre libre, para el que la libertad es instrumento «para» su realización, su relación con los otros, su relación con el mundo. Instrumento que mantiene su tensión en la dialéctica de «mi» libertad (autodeterminación) y la libertad del otro, teniendo presente que «yo» no seré un hombre libre en tanto que los demás hombres no lo sean.

Una pedagogía liberadora es la que en la relación pedagógica lejos de buscar una respuesta concreta a cada pregunta concreta trata de que cada uno dé respuesta a sus preguntas existenciales.

Una pedagogía liberadora es la que enseña liberando y comprometiendo en la liberación de todos los hombres.

5. *Una pedagogía comprometida-comprometedora*

Pedagogía comprometida que significa:

- Que se sabe no neutra. Porque no hay posibilidad de neutralidad y porque la pedagogía que se dice neutra hace opción indirecta en favor del sistema dominante.
- Que hace opción por un tipo de hombre y sociedad. Que se sitúa en favor de lo que es liberador y en contra de todo lo que es opresión.
- Que consecuentemente con su opción, compromete y modifica, a tenor de ésta, tanto sus contenidos como sus formas.
- Que no olvida el medio en el que está inserta (global y particular) y con éste se compromete, denunciando y desenmas-carando cualquier tipo de opresión y/o autoritarismo.

Pedagogía comprometedora porque:

- Sabe de la necesidad del compromiso del hombre con la sociedad, con el hombre, para su desarrollo.

La pedagogía, en fin, debe provocar una actitud crítica y flexión que comprometa en la acción. Sin olvidar que ella misma (la pedagogía) debe pasar, so pena de quedarse encerrada en sí misma, por la crítica constante.

4. *Una pedagogía liberadora*

O sea, no autoritaria; ni en la relación educativa ni en la posición de criterios. Tampoco paternalista, en la que se resuelven los problemas con tres frases echadas. Ni utilitaria, si la sociedad está al servicio del hombre.

Una pedagogía liberadora está fundamentalmente al servicio del hombre libre, para el que la libertad es instrumento «para la realización, su relación con los otros, su relación con el mundo». Instrumento que mantiene su tensión en la dialéctica de la libertad (autodeterminación) y la libertad del otro, tan presente que «yo» no será un hombre libre en tanto que los demás hombres no lo sean.

Una pedagogía liberadora es la que en la relación pedagógica se esfuerza por buscar una respuesta concreta a cada pregunta concreta. Trata de que cada uno dé respuesta a sus preguntas esenciales.

Una pedagogía liberadora es la que enseña liberando y comprometiendo en la liberación de todos los hombres.

5. *Una pedagogía comprometida-comprometedora*

Pedagogía comprometida que significa:

- Que se sabe no neutra. Porque no hay posibilidad de neutralidad y porque la pedagogía que se dice neutra hace un compromiso indirecto en favor del sistema dominante.
- Que hace opción por un tipo de hombre y sociedad. Comprometida en favor de lo que es liberador y en contra de lo que es opresión.
- Que consecuentemente con su opción, compromete y comprometedora, a tenor de ésta, tanto sus contenidos como sus formas.
- Que no olvida el medio en el que está inserta (global y particular) y con éste se compromete, denunciando y desafiando cualquier tipo de opresión y/o autoritarismo.

Pedagogía comprometedora porque:

- Sabe de la necesidad del compromiso del hombre con la sociedad, con el hombre, para su desarrollo.

2. *Una pedagogía creadora*

Creadora no sólo de métodos, eso a fin de cuentas es fácil o al menos más sencillo que el compromiso real con un hombre para el que aún no existen referencias, porque se trata de que se haga él mismo según sus capacidades y las necesidades de su entorno.

Creadora de una nueva sociedad, más, instituyente continua y dinámica de ésta y de las relaciones del hombre con la sociedad.

Creadora también de la misma pedagogía:

- porque aún no está definida
- porque aún no está definido el Hombre
- porque la sociedad ya no debe estar sino para el servicio del hombre
- porque creando el hombre realiza la función más esencial (existencial) de su propia construcción
- porque hay que crear la cultura
- porque hay que desarrollar todas las potencialidades del ser
- porque existir es más que vivir, porque existir es más que *estar* en el mundo (con él, en él, por él), porque existir es trascender, discernir, dialogar (comunicar-participar)...
- porque cada existencia concreta es un acto de creación.

3. *Una pedagogía que eduque la sensibilidad crítica*

Tomar las cosas como vienen, sin más, mal puede ayudar al hombre a su personalización. Adquirir, por el contrario, conciencia de la realidad y conciencia de la propia capacidad de transformación de esa realidad ponen las bases para un compromiso y una acción eficaces de cara al mundo y la sociedad. De ahí la necesidad de que la pedagogía inserte como presupuesto esta sensibilidad crítica. La crítica nos pone frente a algo o alguien, supone opción. Requiere capacidad de distanciamiento con respecto a la realidad o al otro, madurez.

La sensibilidad crítica nos sitúa frente a nosotros mismos: tamizar y pesar lo que aceptamos y tener en continua revisión, «crisis», lo que somos y queremos ser, «nuestro proyecto». Nos sitúa frente al otro que nos interroga y nos pide respuesta a la par que nos interpela y nos la da. Nos sitúa, en fin, frente a toda la sociedad, el mundo, la historia, el tiempo que nos piden más que la mera acomodación. Nos reclaman ser artífices, creadores, estar integrados en ellos dándoles sentido.

Porque acomodarnos es conformarnos, encerrarnos... diluirnos, e integrar es asumir críticamente, levantar, elegir..., crear.

- Porque parte de esa necesidad para ayudar y favorecer compromiso del hombre.
- Porque sólo contando con hombres comprometidos, se sea a sí misma comprometida.

6. *Una pedagogía de la solidaridad*

Solidaridad entendida «en acto», que supone aceptación incondicional de la realidad, distinta de la mía, del otro, de los otros. Aceptación que me lleva tanto al acercamiento (solidaridad) como al compromiso con y para ello.

Aceptación que supone a la par una toma de conciencia de la realidad misma, con sus injusticias y justicias, opresiones y liberaciones, que se encarnan y manifiestan en los «tú» concretos que viven en mi entorno.

Solidaria porque me hace tomar conciencia de pueblo. No estoy solo, no me libero o salvo solo; me libero y me salvo en la liberación y salvación colectivas. Porque hace que se comprenda la lucha colectiva como la única eficaz y liberadora.

Solidaria si rompe las fronteras y los reducidos límites del entorno concreto y nos sitúa más allá de los egoísmos radicalmente nacionales.

Solidaria si no alimenta el espíritu de competencia, de lucha contra el de al lado; si supera la dialéctica amigo-enemigo; trata de instaurar un nuevo régimen de igualdad.

III. La escuela

Pensamos que todo esto puede sonar a músicas celestiales. Pero es cierto. También lo advertimos al principio del artículo: nosotros fuimos movidos en el campo de lo teórico. Pero teoría-praxis complementan y se aúnan dialécticamente para dar pasos a nuevas realidades; por eso ahora tratamos de completar, dar un paso más, descender al terreno, si no de la praxis directa, sí al menos al de las implicaciones de todo lo que llevamos dicho, en la escuela.

Trataremos de ver en un primer lugar qué consecuencias tiene para la comprensión de la escuela un tipo de pedagogía como la que hemos proyectado, para pasar (es el tema que nos preocupa) a estudiar la viabilidad de la catequesis política dentro de este marco.

1. *Consecuencias*

A nivel de objetivos:

Es claro que el objetivo de la escuela ya no puede ser recibir o acumular una serie de conocimientos, ni tan siquiera se puede reducir a la adquisición de unos hábitos o pautas de comportamiento que sean útiles para la incorporación (adecuación, acomodación) a la sociedad total.

El objetivo fundamental será facilitar al máximo el desarrollo de todas las capacidades humanas de cada uno de los individuos que la conforman, teniendo en cuenta que en este desarrollo el protagonista es el sujeto, y que en una pedagogía personalizante y creativa los ritmos y modos son diversos.

Como consecuencia, la tarea educativa no queda reducida a los límites espacio-temporales de lo que hoy llamamos escuela. El hombre se educa en la vida, se hace en ella. Sin postular la desaparición de la escuela, pensamos que es necesario recomprender toda la tarea educativa desde una perspectiva globalizadora, en la que de alguna manera todo el día (toda la vida, porque la tarea educativa no acaba con los años escolares) sea de algún modo «escuela». De ahí que la escuela debe integrar en su seno tanto a los profesores y alumnos como a padres, barrio, entidades sociales, personal no docente...

También será objetivo de la escuela la creación de la cultura (nueva cultura) porque ésta deja de considerarse como algo estanco, «cosa» delimitable y fijable, o como «organismo vivo» que funciona de por sí, o la asimilación memorística de una serie de contenidos, para considerarse como el conjunto de actitudes (reacciones) de un individuo frente a la realidad: la ciencia, el conocimiento, los otros hombres, los sistemas y las ideologías. Cultura que si bien supone integración de los cánones socio-culturales que ya posee la generación adulta, los supera en cuanto que trata de integrar vitalmente los nuevos elementos, que los individuos todos que forman la escuela, pueden aportar.

A nivel de contenidos:

Con lo dicho queda claro que el centro de la escuela no van a ser los contenidos, ni el baremo de su validez y eficacia la mayor o menor brillantez de unos exámenes. No se trata de «culturizar», de «acumular», de «meter en cabezas» más o menos duras una serie de datos.

El contenido de la escuela debe ser la vida misma (¡cuidado!, no estamos diciendo que la escuela no deba tener contenidos) y ésta se manifiesta en casos concretos, en problemas concretos y en búsqueda de soluciones concretas, que no pueden venir pro-

gramadas desde una mesa de despacho de un lugar y unas personas que no conocen esta realidad concreta. Estamos diciendo que «los contenidos los debe crear la propia escuela».

Esto que tiene visos de utópico, y que hoy tal vez lo sea, no tan irreal si consideramos que frente a la vida (recordamos la cultura es actitud frente a la realidad) todos tenemos siempre algo que aprender y todos (también los que damos en llamar alumnos) tienen algo que aportar. Aquí hablamos de humildad. Pensamos, en definitiva, que siendo coherentes con los propósitos pedagógicos y con el hombre al que queremos servir los contenidos de la tarea educativa deben estar subordinados al servicio de, éste hombre. Para ello, como educadores, no tenemos otro remedio que extender nuestras antenas para tratar de encontrar y vislumbrar necesidades y caminos.

A nivel de metodología:

No es descubrir nada nuevo, en realidad desde mediados del pasado siglo nos lo vienen diciendo, que el cambio de metodología se impone. Pero vamos más allá, no se trata de cambiar la metodología para que los contenidos tradicionales «entren» mejor; sino cambiar la metodología porque hemos descubierto que el medio y mensaje van muy unidos.

El eje fundamental del cambio pedagógico lo insertamos en perspectiva de la relación pedagógica: maestro-alumno. Desde aquí hablamos de respeto a la persona (no imponer, no obligar no determinar...), de servicio a la persona (el educando no una fiera a amansar, ni tan siquiera un «algo» a domesticar). Se inscribe en este ámbito de «nueva relación» lo que se da llamar gestión democrática, autogestión, con la que se preterea la creación real de un único estamento en la escuela en el que de alguna manera todos se saben sujetos de educación y educadores. Mediante la que se trata de aprender a autodecidirse, no allá de los propios intereses o necesidades. Por la que, finalmente, se arroja de la escuela cualquier tipo de institución estática para hacer de la escuela lugar de institución permanente.

Es esta nueva relación el lugar donde realmente se hace presente la vida, donde se estimula la creatividad y tiene lugar lo solidario, esa moral de la amistad de la que hemos hablado.

Ahora no tiene sentido hablar de lo manual y de lo intelectual porque son dos ámbitos de realización de toda persona.

Ahora cabe hablar de respeto a la psicología y sus aportaciones en cuanto que marcan pautas de actividad.

Ahora tiene sentido, incluso, la esperanza, ya que se hace real (se puede llegar a palpar) la transformación de las instituciones y el mundo.

2. *Viabilidad y posibilidad de la catequesis política en la escuela*

Hablar de catequesis desde la perspectiva que venimos planteando, puede parecer fuera de lugar. Sin embargo pensamos que hoy, sólo en este marco, tiene sentido hablar de catequesis y evangelización (el lector que desee hacer diferenciación lea, donde ponemos catequesis, catequesis política).

La primera constatación que se nos ocurre es señalar que la escuela tiene una función muy clara de por sí sin necesidad de adjetivarla de cristiana. Los apellidos que se quieran poner a la escuela no intentarán sino definir de alguna manera una línea muy general.

Llamar hoy cristiana a una escuela tendría que ser algo mucho más serio que indicar con ello que se dan unas horas de clase en las que directamente se habla de Dios.

Llamar hoy cristiana a una escuela significa para nosotros, que desde los objetivos hasta los métodos, en todo, se ha hecho una opción radical por el hombre, por su liberación, por el pobre-oprimido (en el sentido más peyorativo de la palabra), por la justicia... (mejor dejarlo así y remitirnos al Sermón del Monte).

La catequesis deja de enmarcarse en un par de horas semanales (reflexión diaria incluida), para ser labor constante de cada día así como lo es la labor de proyección y construcción del nuevo ser hombre.

Desde aquí la catequesis nos interpela al cambio.

Cambio de mentalidad, debemos aprender (nosotros los primeros) a enfrentarnos con la vida, con la realidad, de un modo crítico y creativo, tratar de reasumir la función profética de nuestro ser cristianos, tratar de sentirnos «pobres», sabernos «necesitados», «desvalidos» para desear ser salvados-liberados, como necesitamos el pan de cada día. Sólo así nuestra lucha comprometida por una sociedad mejor dejará de ser palabrería y llegará a ser grito que aúne y convoque. También desde esta posición humilde tendremos fuerzas para no llamarnos Maestros y para aprender a dialogar y educarnos.

Sólo este cambio de mentalidad, que es ya liberación (pero recordemos una vez más que no nos liberamos si nuestro hermano no lo hace), puede darnos fuerza para emprender con justeza el segundo cambio que se impone: el de las estructuras. Tratar de hacer una sociedad en la que el servicio al hombre sea un hecho y no encerrarnos en la frialdad de unas normas que sólo sirven para defenderse a sí mismas.

El proyecto es viable, no cabe duda, pero hay que ir por etapas. Pensar que nada se nos va a dar hecho. Y pensar que también es

cristiano, ¡muy cristiano!, el ir dejando jirones de carne en intentos.

De entrada nos supone que las puertas de la escuela quedan abiertas, todas y para todos. Se trata de que profesores, padres, alumnos, etc. (un largo etcétera que quiere incluir a entidades sociales, asociaciones de vecinos, personal no docente...) nos sentemos torno a una mesa en un plano de igualdad y empecemos a hacer nuestra la tarea educativa, nuestros los problemas, nuestras líneas a seguir.

Dificultades, todas. La primera el diálogo, pero éste ya es constructivo si al sentarnos tratamos todos de escuchar y dejar los privilegios y títulos (esos papeles tan bonitos que quieren decir tan poco y que en algunos casos tienen valor de Tótem, dios lar o similar) en el quicio, para no retomarlos en ningún momento.

Estamos convencidos de que el nivel afectivo de lo que se logra es el mismo que la cantidad de la esperanza de todos y cada uno. A fuer de cristianos, sabemos que Jesús fue a la cruz cargado de esperanza y ésta fue la que animó su sufrimiento.

BIBLIOGRAFIA

En este apartado queremos reseñar tan sólo una parte de la amplia bibliografía que sobre el tema existe. Son los libros que a nuestro juicio parecen más importantes y que sirven para hacer una primera aproximación al tema.

C. DÍAZ, *Escritos sobre pedagogía política*, Marfil, Alcoy, 1976.

INODEP, *El mensaje de Paulo Freire*, Marsiega, Madrid, 1973.

P. FREIRE, *La educación como práctica de la libertad*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1975¹⁴.

P. FREIRE, *Pedagogía del oprimido*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1975¹⁴.

R. C. BARROS, *La educación, ¿utilitaria o liberadora?*, FCP, Madrid, 1974.

J. M. MARTÍNEZ, *Pedagogía de la creatividad*, Bruño, Madrid, 1976.

M. LOBROT, *Pedagogía institucional*, Humanitas, Buenos Aires, 1974.

M. MCLUHAN, *El aula sin muros*, Laia, Barcelona, 1974.

L. MILANI, *Maestro y cura de Barbiana*, FCP, Madrid, 1975.

Alumnos de la Escuela de Barbiana, *Carta a una maestra*, Nova Terra, Barcelona, 1970².

G. PIATON, *El pensamiento pedagógico de Celestin Freinet*, Marsiega, Madrid, 1975.

G. AVANZINI, *La pedagogía en el siglo XX*, Narcea editores, Madrid, 1975.

Dado que la verdad última que ha de encontrar su expresión en la religión no entra en el lenguaje humano y en el mundo de los conceptos humanos, sólo podemos hablar de religión cuando comprobamos que la realidad que conocemos no es la realidad última. No podemos indicar lo que es absoluto y en qué consiste. Incluso los ateos dogmáticos tropiezan con esta idea, cuando (como, por ejemplo, Schopenhauer) declaran la nada como la realidad última, la realidad que nos redime de las miserias de este mundo. Esta metafísica es tan poco sostenible como todas las otras; puesto que el concepto de «nada» no es en modo alguno menos subjetivo que los conceptos de «Dios» o de «ethos». Una auténtica liberalización de la religión tiene que concentrarse en esta idea. Frente a ella, resultan mucho menos importantes las cuestiones relativas a las modificaciones en las ceremonias y en las costumbres. Lo principal creo que debe ser la nueva concepción del entendimiento humano acerca de Dios. Dios como dogma positivo actúa como un factor separador. En cambio, el anhelo de que la realidad del mundo, con todos sus horrores, no sea algo definitivo, une entre sí a todas las personas que no quieren ni pueden conformarse con las injusticias de este mundo. De esta manera, Dios se convierte en objeto del anhelo y de la veneración del hombre; y deja de ser objeto del saber y de la posesión.

Una fe así entendida forma parte imprescindiblemente de lo que llamamos civilización humana.

M. HORKHEIMER,

Sociedad en transición: estudios de filosofía social,
Eds. Península, Barcelona 1976, p. 94.